

La emoción de la singularidad

Emiliano Aguirre

Los seres humanos, en toda nuestra singularidad, somos el resultado de un largo proceso evolutivo. Los seres humanos estamos vinculados al mundo viviente, pero nos distinguen radicalmente nuestras capacidades cognitivas, y que buena parte de nuestro comportamiento está condicionado por inquietudes abstractas y simbólicas. Ello no significa que no compartamos otras clases de seres vivos diversos comportamientos, emociones, inclinaciones y estructuras físicas: por supuesto que las compartimos. De hecho, es por estas similitudes compartidas por lo que nos sabemos parte integral de la naturaleza, y es por la observación del modo en que están distribuidas entre las muchas especies del mundo por lo que podemos reconocer con exactitud el puesto que nos corresponde en las ramas del gran árbol de la vida. Dentro de la gran familia que componemos todos los organismos vivos es sin duda con los grandes simios con los que estamos más estrechamente emparentados. Compartimos un antepasado común con los gorilas y los chimpancés que vivió hace seis o siete millones de años; y mucho ha sucedido desde entonces, quizá no tanto en sus linajes como en el nuestro. Los archivos de estos sucesos extraordinarios son nuestros documentos fósiles y arqueológicos, que contienen información acerca de la estructura física y comportamientos de una decena de especies humanas y prehumanas, algunas estrechamente emparentadas con nosotros y otras menos. No podemos saber directamente el modo en que se comportaban o pensaban los antepasados humanos o sus parientes extinguidos. Pero a base de combinar el estudio de nuestros parientes cercanos vivos con los documentos reales –utensilios y marcas de sus quehaceres que nos dejaron los muertos, podemos aspirar a lograr una cierta percepción de lo que nos hace especiales y de cómo adquirimos nuestra singularidad. Lo que es más, el examen de los procesos ocultos por los que llegamos a ser lo que somos nos ayuda a comprender no tan solo nuestro pasado, sino las perspectivas de nuestro futuro.

Europa estuvo desde hace más de 1 millón de años ocupada por humanos primitivos y desde hace más de 130,000, hasta hace menos de cuarenta mil años, habitada solo por el hombre de Neandertal: un grupo de humanos distinto y ahora extinguido que

pertenecía a la especie Homo neandertalensis. Los neandertales eran seres complejos y usuarios talentosos del paisaje donde vivían, pero no dejaron pruebas de la chispa creativa e innovadora que constituye una característica tan conspicua de nuestro modo de ser; y rápidamente se vieron desplazados por el primer Homo sapiens europeo, que llegó a la sazón provisto de comportamientos modernos. Cuando hablamos de Homo sapiens, nos referimos a nuestro antepasado directo esto es a las razas actuales, que hizo su aparición hace más de 10,000 años, después de cuatro millones de años de evolución de los Homínidos. Este antepasado se hizo realmente “sapiens” cuando adquirió las características mentales típicas del hombre moderno. La creatividad artística, la capacidad de comunicación, de análisis, de responsabilidad y conciencia social, de progreso tecnológico e imaginación, de abstracción y de idealización que fueron posibles gracias a estas nuevas aptitudes adquiridas a lo largo de la evolución, constituyen hoy la esencia del intelecto humano, y la oportunidad de propiciar un futuro para la humanidad. Estos nuevos europeos recibieron el nombre de cro-mañon, debido al yacimiento del oeste de Francia donde se descubrieron por primera vez sus restos fósiles: hoy se les llama “humanos modernos”. Todavía no se está muy claro de donde llegaron a nuestra región los primeros hombres de cro-mañon; pero no cabe duda de que en ellos podemos reconocernos. En cuanto al físico eran distinguibles de los modernos europeos en vida, y la prueba material de sus vidas y artes que han sobrevivido, indican inequívocamente que en lo intelectual básico eran como nosotros. Los cro-mañones cazaban y pescaban hace más de 20,000 años con arcos y flechas, y con bien tallados arpones; cosían con agujas y usaban pulsores y boomerangs, que han perpetuado en culturas recientes. Hace alrededor de diez años, se inventaron la agricultura y el pastoreo en el Próximo y el Extremo Oriente en África y en las Américas. Consideramos que el aspecto material de la vida cro-mañon que nos habla más directamente de su singularidad humana está en las pruebas de arte y representación simbólica que nos dejaron estos antepasados. El asombroso arte rupestre es de todos conocido, pero a menudo olvidamos la emoción de su complejidad, del enigma que como un reto compromete nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, situándonos de nuevo en el abismo de la existencia y de la transmisión cultural como huella de la existencia y testimonio de la evolución. Este descartado arte es la expresión simbólica, maravillosamente conservada, de los anhelos y valores de

una cultura desaparecida hace mucho tiempo, que nos dejó solo estos aspectos indirectos y sombríos, extremadamente sintéticos y concreto, del cuerpo de mitos, creencias y tradiciones, sin duda extraordinariamente rico, que contenía. Pero sea cual fuere la oscura compulsión que lanzó a estos artistas a los fríos y húmedos ambientes de muchas cuevas de España, de toda Europa, África, Asia, Oceanía, y América hace tantos milenios, podemos reconocerles instintivamente como algo profundamente humano, como algo enormemente cercano. El arte no era en absoluto una ocupación ocasional o accidental en ellos, ni tampoco una mera complacencia visual; era central en su experiencia del entorno, en el modo de optimizar sus recursos y sus posibilidades; en el modo en el que se explicaban el mundo, y seguramente también la posición que ocupaban en él. Por ello en estos testimonios artísticos habrá quedado anudado algo de lo que sabían, de lo que sentían y de lo que hacían, esto es, de la evidencia, la convivencia y la trascendencia de sus vidas, de sus emociones, de sus conocimientos.

Desde entonces los humanos no hemos sido complejos y emocionados habitantes de un mundo siempre por descubrir. De aquella experiencia compleja del primer sapiens habrán derivado las formas más especializadas de conocimiento, incluida la aventura de la investigación científica, y la tecnología que avanza en progresión geométrica, pero el impulso sintético del arte como lugar de encrucijada intelectual y sensible, como exteriorización y autoexpresión, como medio de comunicación, y como una búsqueda de la verdad oculta, continua: como una indagación en la que las formas, los colores, los sonidos, los ritmos, los movimientos, son mensajes que nos ayudan a descubrir a los demás, pero también a comprendernos mejor y hacernos comprender con imágenes y lenguajes realistas, expresionistas, esquemáticos y abstractos. Como una mirada simultánea al pasado y al futuro, al origen y a un destino, en una búsqueda que no es sino la búsqueda de la vida. Tanta herencia y progreso llegaron a nosotros gracias a continuos esfuerzos por superar las dificultades, evitar accidentes, adaptarse a tremendos cambios en el clima y en los recursos y el entorno.

Las imágenes que los doctores Bromage y Pérez Ochoa obtienen mediante el más sofisticado microscopio para analizar los tejidos duros de homínidos fósiles, tratan de obtener la máxima información sobre la dieta, las costumbres, la vida, las enfermedades y accidentes de nuestros antepasados para tratar de explicar el origen y

evolución del hombre. Pero incluso aunque esta no fuera su intención, en ellas se desvelan los aspectos que exceden el interés científico de la paleontología, brindando resonancias de la experiencia sintética del arte en la que nos reconocemos como especie.